

Año 3
Número 3
verano 2016

Revista de Políticas Sociales

Populismo y democracia

Mariano Fontela

Director del Centro
de Estudios
de Políticas Sociales

UNM

mfontela@unm.edu.ar



Cristian Buchrucker, Nidia
Carrizo de Muñoz
Norma I. Sánchez

*El eterno retorno de los
populismos*
*Un panorama mundial,
latinoamericano y argentino*

Prometeo, Buenos Aires, 2015,
196 páginas

El libro contiene textos de tres experimentados profesores de Historia graduados en la Universidad Nacional de Cuyo. Mientras Carrizo describe algunos atributos de las experiencias populistas en América Latina y Sánchez analiza rasgos de las políticas económicas y de salud del “populismo argentino”, interesa especialmente reseñar el capítulo inicial, porque resulta indispensable para cualquier cientista social que se interese en el fenómeno del populismo. Le corresponde además a su autor, Cristian Buchrucker, el inmenso mérito de haber publicado libros fundamentales sobre la historia del fascismo o del nacionalismo argentino, incluyendo el de haber sido coautor de *Argentina y la Europa del nazismo* (2009), un texto poco conocido pero irremplazable para comprender qué tan fantasiosas son las acusaciones sobre la complicidad del peronismo fundacional en la huida de criminales nazis. Conviene también hacer una mención sobre la calidad –hoy infrecuente– de su escritura ágil, desapasionada y precisa, con la que ahorra florituras innecesarias pero no está exenta de ironías excelentemente disimuladas, lo que representa un doble placer para el lector.

El vocablo populismo fue acuñado en la segunda mitad del siglo xx por historiadores y politólogos con una marcada hostilidad hacia el fenómeno, y luego fue y es usado en los debates políticos con un significado muy laxo pero siempre peyorativo. Para revisar esas valoraciones Buchrucker pasa revista a una serie de preguntas que permitirían comparar y caracterizar a distintos regímenes políticos como populistas, y así esbozar un esquema teórico que permita especificar el uso del concepto en las ciencias sociales. La dificultad para acotarlo reside en principio en que varios autores tendieron a calificar de populistas a movimientos políticos tan disímiles como los del *People's Party* en Estados Unidos y los nacionalistas (narodnikis) rusos en el siglo xix –ambos podrían catalogarse como movimientos “agraristas”, y los narodnikis en particular podrían ser considerados los primeros ecologistas del Occidente moderno–, los protofascismos

Europeos de entreguerra (1919-1939) y parte de la derecha europea de las últimas décadas, o los nacionalismos anticoloniales de Asia y África posteriores a 1945, pero especialmente se trataría de un término que englobaría a los grandes movimientos populares en América Latina desde 1930 hasta nuestros días. Además de los actuales “neo-populismos”, algunos autores señalan que los populismos más característicos de América Latina fueron los que lideraron Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil, Jacobo Arbenz en Guatemala y Víctor Paz Estenssoro en Bolivia. También se suele denominar como populistas a los movimientos encabezados por Batlle en Uruguay, Ibáñez en Chile, Cárdenas en México, Haya de la Torre en Perú, Gaitán en Colombia y Velasco Ibarra en Ecuador.

Para la mayor parte de los críticos del populismo, se trata de movimientos que se caracterizan por pretender ser “la” expresión política “auténtica” del pueblo y por manipular emociones de al menos una parte de la población, con lo que tácitamente postulan el supuesto de que las demás corrientes políticas tienen discursos más racionales. Además, los movimientos populistas se diferenciarían, según sus detractores, por representar una mentalidad “premoderna”, “tradicionalista” y “autoritaria”, supuestamente más difundida en los estratos más pobres que en la clase obrera con mayor “conciencia de clase” y en los sectores medios. Sobre este punto señala con agudeza Carrizo de Muñoz: “suele decirse que América Latina estaba condenada a los autoritarismos, pero esta apreciación se ha hecho responsabilizando a las pautas culturales o alegando razones de herencia, cuando en realidad se ha debido más a las *prácticas políticas* que engendraban comportamientos y valores que incidían en la conformación de sociedades más democráticas o autoritarias. Las variables políticas eran las que afectaban predominantemente las perspectivas de la democracia, dado que los temas antidemocráticos ya estaban presentes en el liberalismo conservador y en conservadurismo autoritario aún antes que en el populismo”.

Buchrucker afirma que la ideología de los populismos suele ser caracterizada como “ecléctica y confusa, una amalgama malograda”, y por lo tanto lo que imaginariamente los caracteriza es el “oportunismo casi ilimitado” de sus dirigentes, lo que además provocaría que sus prácticas políticas sean contradictorias, donde “algunas medidas progresistas se verían deformadas por los elementos autoritarios, corporativos y reaccionarios”. El trasfondo de estos planteos teóricos es que el populismo sería “una forma histórica relativamente marginal y transitoria”, especialmente por su principal localización espacial en América Latina, pero también por sus supuestas deficiencias en comparación con “las grandes ideologías” que predominaron en Europa durante el siglo xx. Respecto a este último punto, corresponde destacar la crítica que hace Buchrucker a planteos delirantes como el del frenético antiperonista Loris Zanatta, quien, en lugar de comparar hechos contra hechos y teorías contra teorías, utiliza “el curioso método comparativo de calificar como deficientes o nefastos los logros de un régimen populista real, comparándolo con los postulados teóricos de una ‘democracia liberal’ y no con sus reales logros.

Ante las acusaciones de confusión ideológica y oportunismo, advierte Buchrucker que en los populismos latinoamericanos posteriores a 1930 tuvieron “un peso determinante el nacionalismo reformista y antihegemónico, además de variables dosis de sindicalismo y socialismo (entendido en su más amplio sentido, como preferencia por los valores de la igualdad y la solidaridad)”, por lo que sus prioridades concretas no fueron contradictorias, sino que mantuvieron en lo esencial ese núcleo. Además, la mayor parte de los gobiernos llamados populistas en la región llegaron al poder mediante elecciones, sin proscripciones ni fraudes, y si bien aplicaron restricciones sobre las libertades políticas de los opositores, “la gravedad de las mismas jamás alcanzó la de muchos regímenes anti-populistas de esa época”, lo cual hace inexplicable que algunos autores pongan tanta insistencia en su carácter aparentemente tiránico. En cuanto a los neo-populismos latinoamericanos vigentes actualmente, “no han retrocedido en ninguno de los avances que desde la década de 1980 se fueron conquistando en materia de libertades y derechos para los ciudadanos”. Por otro lado, señala Buchrucker que “sobre la base de la experiencia empírica resulta insostenible afirmar que la sobrecarga de emocionalismo que algunos adjudican exclusivamente al populismo no se encontraría en sus adversarios”.

Respecto a su supuesta condición de “experiencias marginales”, el profesor mendocino reconoce que los movimientos llamados populistas “no encajan en los moldes dominantes en la producción ideológica euro-americana, actualmente reducidos a la ortodoxia liberal-conservadora y a la debilitada socialdemocracia. Y tampoco responden a los modelos otrora poderosos del fascismo y del marxismo-leninismo. Sólo quien cree que alguno de esos moldes expresa una ‘verdad’ eterna puede hablar de las alternativas heterodoxas como si fueran una anomalía”. Es imposible tratar de explicar los populismos latinoamericanos si se excluye el dato de las dependencias, las presiones y las intervenciones que sobre la región generaron sucesivamente Gran Bretaña y Estados Unidos. Ante ellas los populismos “encarnaron opciones por insubordinación, en cuanto siempre adhirieron a alguna forma de *nacionalismo reformista-defensivo* y de regionalismo periférico. En la problemática económica, en la que algunos sólo han querido ver improvisaciones a corto plazo, se advierte la coherencia de varios casos latinoamericanos con lo que Takeshi Nakano denomina ‘nacionalismo económico’, el cual, compitiendo con el ‘liberalismo económico’ y el ‘marxismo’, puede considerarse como ‘una de las tres principales ideologías de la economía política moderna’. Los nacionalistas modernizadores que encarnan dicha tendencia optan coherentemente por ‘políticas económicas que promueven el [tipo de] desarrollo que no amenace la cohesión nacional y cuyos costos y beneficios sean compartidos por la totalidad de los miembros del Estado-nación’”. Por eso prefiere Buchrucker llamarlos “movimientos nacional-populares”, para evitar la connotación negativa que tiene el término “populismo”. Por mi parte, agregó que la expresión “nacional y popular” también es una forma de diferenciar estos movimientos de otras corrientes políticas: la derecha antinacional y la izquierda antipopular.

Por fin, los rasgos democráticos de estos movimientos también son validados por Buchrucker, quien diferencia dos posiciones sobre el significado de “democracia”: por un lado están quienes proponen una versión “segura”, “administrada por quienes saben hacerlo”, planteando que “las opiniones políticas del pueblo deben ser moldeadas por una coalición estable de minorías auto-designadas”; por el otro, se postula un modelo político y social más amplio e inclusivo, donde el principio de soberanía popular impide que se le impongan límites estrechos a las alternativas de acción disponibles para los poderes del Estado. Los cultores de la primera de estas posiciones impugnan absolutamente la segunda, hasta el punto absurdo de negarle su condición científica. Afirma Buchrucker

que la pretensión de vivir en la placidez de consensos guiados por “minorías inteligentes” implica “un serio déficit de cultura política en algunos casos y una retórica de mala fe en otros” y representa un peligro para la vitalidad de la democracia. Sigue Buchrucker: “estrechamente relacionada con el modelo ‘administrado’ de democracia está *la audaz tesis de que el tipo de capitalismo conveniente para todo el mundo y la ‘verdadera’ república forman un bloque homogéneo*. Esto no resiste la confrontación con la historia real (a diferencia de la ‘teoría pura’). Que el capitalismo es inherentemente armónico y exitoso era (relativamente) más fácil de sostener entre 1948-1949 y 1973 que en los decenios posteriores, una vez pasada esa ‘Edad de Oro’, la cual, curiosamente, no fue la del mercado desencadenado, sino la de la ‘economía mixta’ y el ‘Estado de Bienestar’”. La otra perspectiva, “la que percibe al mercado como crónicamente inestable, desvinculado de algo que pueda llamarse seriamente ‘justicia’ y que además niega que la clásica división tripartita de los ‘poderes’ republicanos sea el *non plus ultra* de la ciencia política, parece tener un fundamento empírico mucho más sólido”. Resulta más relevante “para el análisis de las relaciones de cooperación y explotación en cualquier sociedad la manera en que diferentes agrupamientos sociales reúnen y utilizan cuotas asimétricas de poder coercitivo, económico y persuasivo, es decir, las tres formas de poder real que inciden directa y masivamente en las libertades concretas y la prosperidad de los ciudadanos”. Con el correr de las décadas del siglo xx fue cada vez más evidente que “la democracia ‘realmente existente’ no era muy permeable a las demandas de buena parte de la sociedad. Partiendo de esa base crítica se articularon diversas propuestas destinadas a transformar el orden vigente para que esos sectores pudiesen obtener una mayor cuota de poder político, económico y cultural. Los éxitos y fracasos que esas propuestas cosecharon una vez que lograron llegar al gobierno han sido muy variados y la proporción entre unos y otros siempre será discutible. Pero de ninguna manera puede decirse que al menos en esta parte del mundo las experiencias de la democracia elitista pueden mostrar resultados claramente superiores”.